

mujer soviética en la vida económica la aleje tanto del hogar e impida una mayor intimidad de la madre con sus hijos, sin ver que, con frecuencia la mujer occidental se encuentra *igualmente alejada* del hogar e igualmente *negada a esa mayor intimidad* (que si hemos de reconocerlo, en muchos casos ha sido más dañina que benéfica, como pueden demostrar los psicoanalistas). Pero, la diferencia que no parece percibirse es la de que mientras las mujeres soviéticas ven cómo crece la red institucional destinada a ayudarlas en el desempeño de sus labores domésticas en cuanto actualización de un *derecho* adquirido mediante su contribución creciente a la vida social, muchas mujeres de las sociedades occidentales, forzadas a trabajar a causa de las condiciones impuestas por el sistema económico en el que viven, ven —*con sentimiento de culpa*— que se multiplican instituciones análogas, sí, pero que parecen creadas por un estado benevolente para subsanar las *deficiencias* en que ellas han incurrido en el desempeño de sus deberes sociales como madres y trabajadoras. La diferencia es sutil, pero, psicosocialmente, importante.

*Reform of the Chinese Written Language.* Foreign Languages Press. Peking, 1958, pp. 70.

De las tareas en curso desarrolladas para la reforma de la escritura en China, habla Chou-En-Lai con la sencillez de quien está acostumbrado a acometer grandes empresas. La tarea que el pueblo chino se ha impuesto a este respecto, de apariencia simple en el enunciado, es ardua en la realización. Hay que simplificar los antiguos caracteres (Han); hay que popularizar el idioma común (*pu tung hua*); hay que formar y poner en práctica el esquema de alfabeto fonético chino.

En el primer aspecto, se han hecho listas de caracteres simplificados; de radicales que también se han sujetado a simpli-

ficación. Y se menciona el grado —considerable— en que dichas grafías simplificadas, han sido adoptadas por los pe-riódicos.

La utilidad social de la simplificación se muestra en el relato de ciertas anécdotas representativas: Un trabajador había tardado medio año en aprender tres caracteres usados tradicionalmente y que no se habían sujetado a la simplificación; simplificados, pudo aprenderlos rápidamente y, lo que es más importante aún, retenerlos y reconocerlos fácilmente.

No obstante la patente utilidad del esfuerzo, él mismo ha sufrido —conforme reconoce Chou-En-Lai— tropiezos considerables. Por una parte, la simplificación no ha avanzado siempre por las vías debidas; por otra, ciertas capas se han opuesto a la misma.

Chou-En-Lai acierta a descubrir una de las dos componentes fundamentales de lo lingüístico al prescribir la orientación que debe seguirse en la simplificación: si la lengua, por lo menos en una de sus facetas, es —fundamentalmente— vehículo de comunicación, *cuanto estorbe dicha comunicación debe eliminarse*. En el caso concreto, si la simplificación se deja al arbitrio personal, pronto la comunicación resultará imposible, pues los caracteres serán ininteligibles.

Por otra parte, ciertas capas se oponen a la simplificación: se trata, aquí, como en otros casos, de la resurrección de los prejuicios aristocratizantes; ahora entre los intelectuales chinos. Y ¿no tiene razón Chou-En-Lai cuando afirma que “hay que considerar el problema desde el punto de vista de 600 millones de gentes y no desde el de los gustos personales” de dichos intelectuales o de otros individuos, sean los que fueren? La inercia de la historia —la decisión, diríamos mejor, de ciertos grupos en cuanto a preservar distinciones y privilegios aun a costa de la deshumanización de grupos mayoritarios— suele cubrirse con múltiples care-

tas. En el caso, la máscara la proporcionó un supuesto alegato en pro de la caligrafía china que, se decía, resultaría dañada por los designios democratizantes y pragmáticos de modificación de la escritura. El argumento parece vano desde una perspectiva como la nuestra en la que cabe el criterio de lo funcional artístico, de la belleza de lo simple y útil. Y el llamado de atención del expositor es la voz de un prudente: siendo simples, los nuevos caracteres pueden ser y —en sentido prescriptivo—, hay que buscar que sean, artísticos.

Pero, la inercia de ciertos grupos que prefieren permanecer en reposo puede contrarrestarse con la inercia en el movimiento de un pueblo entero que se decide a ponerse en marcha. Porque la simplificación no es un esnobismo o el resultado de un criterio meramente pragmático y bárbaro, introducido por un régimen político para alcanzar sus propios fines: es un movimiento que adquiere ímpetu a través de la historia. “La simplificación es tendencia de siglos entre el pueblo, incluso contra la oposición de las dinastías.” Es, al fin y al cabo —éste, como otros muchos movimientos análogos—, algo que enraiza y arranca de lo humano mismo, y que no tiene más límite que aquel en el cual la simplificación extremada, contraría sus propios fines y, al dificultar la comprensión, impone que el simplificador se detenga y, en caso dado, complique nuevamente, si eso exigen las finalidades humanas, de inteligibilidad y comunicación.

Popularizar un lenguaje común es también (conforme a las directrices de Chou-En-Lai y al informe de Wu-Yu-Chang acerca de tales tareas) de primordial importancia. Los dialectos son, en China, de lo más diverso, debido a las diferencias de pronunciación, y esto afecta profundamente y en forma desfavorable las oportunidades de avance del pueblo chino. China ha sabido apreciar los be-

neficios que para la educación popular (que para la unificación en torno de comunes designios de desarrollo económico, político, cultural concretados en planes y programas de acción) tienen la radio y el cine. Pero, también ha sabido comprender que sus beneficios potenciales no llegarán a actualizarse y a ser recogidos por el pueblo chino *si no se rompe “la barrera dialectal”*.

Los esfuerzos para romper esa barrera —tan dignos de admiración y encomio como los que se hicieron por romper la barrera del sonido y los que en el futuro haga algún loco genial por romper la barrera de la luz— han buscado el punto neurálgico, la *plaque-tournante*, y los han encontrado en los maestros normalistas. De 1955 a 1957 se entrenó a 721,000 de ellos, en la fonética del idioma común. A partir de entonces, ellos han sido los difusores por excelencia: sus alumnos empiezan a emplearlo en número creciente y cada uno de ellos, a su vez, en sus comunidades, se convierte en modelo de imitación por lo demás.

En un régimen que en occidente nos complacemos en señalar, una y otra vez, como autoritario y despótico, resulta grato constatar el sentido humano con el que se introduce la reforma. No a todos se les puede exigir lo mismo. Y tampoco sería práctico hacerlo. Hay quienes, en el sector de la lengua, *tienen máxima influencia*. Hay quienes en ése, como en otros sectores, tienen mayor capacidad de cambiar. Hay quienes tienen mínima capacidad de cambio. Hay quienes *están obligados a cambiar* substancialmente. Hay quienes *pueden cambiar* sólo en el mínimo que les impida desvincularse del grupo. De ahí que “las demandas de normalización deben estar graduadas de acuerdo con esas posibilidades y responsabilidades por ocupaciones (locutores) y por edades”. Como que, por otra parte —y esto puede entenderlo mejor el político que se despreocupe de la humanidad de sus medidas, preocu-

pado como está por el éxito de las mismas—, una presión pareja sobre todas las capas sociales podría producir resistencias que hicieran fracasar el programa en su conjunto.

Los estímulos para el cambio tampoco faltan: las competencias oratorias en el lenguaje común y los premios a quienes más se aproximan a la norma pueden despertar el eco desagradable de la “conformidad social” subyacente a los énfasis en el “ajustamiento social” de la sociología estadounidense; pero también puede recordar que esa conformidad con la norma, en el caso del vehículo de comunicación, establece, en muchos casos, un mínimo de participación social. No hay que decir, que en sentido puramente lógico, independientemente de otros enjuiciamientos valorativos de los sistemas correspondientes, parece más congruente el que se busque un plegamiento a ciertas normas sociales en un régimen como el chino, que no que se enfatice el “buen ajustamiento” de los individuos al sistema social en la sociología (de proyección politicosocial) de nuestros sistemas democráticos. En estos últimos, lo que parece que sería más pertinente admitir es un “desequilibrio o desajuste óptimos” del individuo y la sociedad, como aquel al que se refiere el sociólogo inglés Paul Halmos en libros que *no* han merecido la atención que debieran.

La introducción de un alfabeto fonético en China es una finalidad subordinada a las anteriores. Se tratará de escribir el Chino fonéticamente *para* que pueda popularizarse el lenguaje común; se extenderá por su territorio un lenguaje común y se simplificarán los caracteres de la escritura tradicional *para* que los chinos de todos los rincones del país puedan comprenderse, ya oralmente, ya por escrito, sin requerir para ello de una prolongada instrucción, que en China, como en la India de los brahmanes (estudiosos del sánscrito por luengos años) o en cualquier

otro sitio semejante, sólo sería asequible a las que Veblen ha designado como “clases ociosas” de la sociedad.

Pero, en tierras que también nos hemos complacido en considerar invadidas por una uniformización bárbara que aniquila las peculiaridades individuales, ¡nueva sorpresa!, la finalidad común —buena en sí— *no es enemiga* de las finalidades de grupo —mejores, si conjuntadas con la primera—, en cuanto ese alfabeto fonético no deberá ser vía para popularizar un idioma común que basado fundamentalmente en el patrón lingüístico de Pekín represente el dominio lingüístico de uno sobre otros grupos, *sino que también* puede y debe servir como “una base común sobre la que varias minorías nacionales podrán crear o reformar su lengua escrita”.

Y, si por lo bajo, vemos en las declaraciones programáticas de los políticos chinos en el sector del lenguaje, una promesa de respeto a los derechos de las minorías —tan frecuentemente pisoteados o, al menos descuidados en países que, en otros sectores, comienzan a marchar por las vías de la democracia— por lo alto, la reforma se proyecta hacia esa constelación de valores humanos, comunes a la humanidad toda— que el nacionalismo más estrecho frecuentemente descuida, en la persecución de egoísmos de nuevo cuño.

Un necio orgullo nacional podría haber hecho que el pueblo chino tratase de desarrollar un alfabeto fonético por medios propios. La experiencia le habría enseñado —es cierto— como le ha enseñado ya, que tales empeños podían conducir al fracaso. Pero el que la experiencia pasada condujera al fracaso no hubiera significado, necesariamente, que a dichos intentos les estuviese negada toda posibilidad de éxito. Empeñosamente, el chino hubiese podido desarrollar un alfabeto fonético con medios propios. Pero, de nuevo, se impuso la prudencia sobre el orgullo necio. La China que pudo ser maestra de

tantas, no encontró desdoro en ser discípula y fue así como decidió aceptar el alfabeto fonético que más que ser latino se ha desarrollado a partir de los caracteres latinos.

Usar el alfabeto fonético originado en los caracteres latinos representa, sí, una solución cómoda: es algo que ya se encuentra a la mano, hecho, activo, funcional. Pero es, también una solución que reconoce que muchos de los problemas y soluciones que aparentemente confrontan las naciones, *son problemas mundiales y que para ellos* —e incluso para los problemas nacionales— *hay frecuentemente soluciones ya hechas; que nadie tiene por qué renunciar* —a menos que le muevan propósitos más altos o cautelas más justificables— *a lo que*, habiendo nacido de necesidad en un lugar, en un tiempo, en un pueblo determinados, *ha pasado a formar parte de la común herencia humana*.

En la adopción del alfabeto fonético formado a partir de los caracteres latinos, el pueblo chino tomó en consideración que “60 países usan el alfabeto latino”, lo cual le concede ciertos títulos, como se los concede un uso igualmente amplio a los “números arábigos”, que son empleados incluso por pueblos que emplean el alfabeto latino, los cuales no han dado en la necesidad de tratar de substituirlos por otros que pudieran considerar como más propios en cuanto producto de su invención.

Esta adopción, conforme a las palabras de Chou-En-Lai, de Wu-Yu-Chang, de Li-Chin-Hsi, “no dañará el patriotismo de nuestro pueblo y sí ayudará a los extranjeros a aprender el chino (y a los chinos a aprender otros idiomas) y, con ello, promoverá el intercambio cultural internacional”. Permítasenos una cosa: el intercambio cultural internacional ha llegado a ser, es cierto, un valor de común aceptación, al través del cual, se da por cierto que con el mutuo conocimiento y aprecio, terminarán las guerras y se entroni-

zará la paz sobre la tierra. Para quien vea con ojo crítico el resultado de algunos de esos contactos y de ese intercambio, aceptar tales conclusiones no puede ser tan fácil. Cuando ciertos pueblos, como ciertas personas, se ponen en contacto, descubren —frecuentemente— más puntos de discrepancia que de acuerdo. ¿Que esto puede ocurrir porque el contacto no es íntimo, porque el conocimiento no es profundo? Bien puede ser. ¿Que hay que desalentar, por tanto, contactos superficiales, convencionales? Indudablemente, en cuanto hacen más mal que bien. ¿Que hay que propiciar el contacto íntimo y el conocimiento profundo de unos pueblos por otros? Indudablemente. Y ¿que un camino para lograrlo consiste en darles a todos la oportunidad de conocerse *no* al través del espejo deformante de la que para unos es su lengua y para otros es lengua ajena, sino del cristal diáfano de una lengua que habiendo sido originalmente extraña ha llegado a sernos tan propia como la que como tal consideramos siempre? Creemos que no es aventurado afirmarlo. Y, en este sentido debe interpretarse el designio contenido en esa frase final del expositor chino.

Un folleto, sí, pero un folleto que, su levantada mira y su prudente elección de medios para lograr determinados fines, vale tanto como un libro; más que ciertos libros voluminosos, vertederos de cosas dispares, inanes y sin sentido. Juzgamos el libro, el folleto y nuestro juicio es altamente favorable, ¡Ojalá y el juicio pueda aplicarse, para bien del pueblo chino y para bien de todos nosotros, a la realidad que él mismo pretende reflejar!

Chou Yang: *The Path of Socialist Literature and Art in China*. Report Delivered to the Third Congress of Chinese Literary and Art Workers on July 22, 1960. Foreign Languages Press. Peking, 1960, pp. 74.